

La Furia de los Malones



peligro diario de caer en manos de los indios...

Los indios mansos Cipriano Catriel había sido

El coronel Levalle no se limitó a esta actitud...

Pablo Rojas Paz

ILUSTRACION DE RECHAIN

las familias. Algunos de los indios que se libraron...

hicieron con Manuel Grande y Chipitrus y demás capitanes...

trido a sumarse al ejército de las Salinas Grandes...



"Comaradas de la División del Sur: No tenemos yerba...

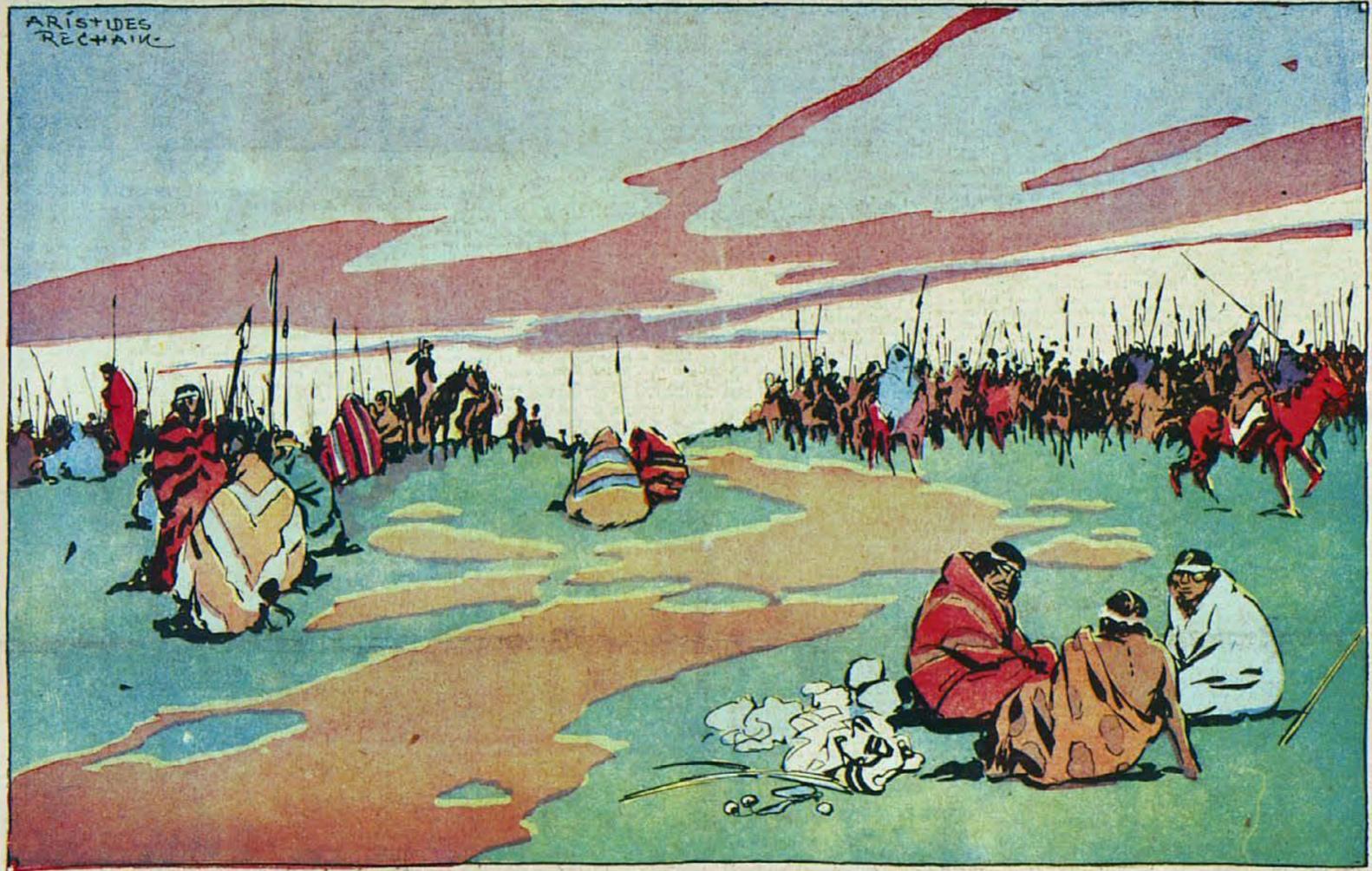
EN las estancias del sur de Buenos Aires, cuando se hace rueda de fogón...

Nunca se tuvo con los indios una política clara y precisa...

El único a quien los indios respetaron y temieron fué a don Juan Manuel de Rosas...

Villa Fidelidad En el mes de septiembre de 1856...

En el mes de septiembre de 1856, el jefe del ejército de la Frontera del Sur...



asesinado y ocupaba su lugar, en el mando de la tribu...

que hubiera sido imposible antes. Se convino en que ellos mismos buscaran el territorio...

indios más se presentaron a otro jefe de fronteras...

caótica. Es, sin embargo, la expresión del estado de espíritu del indio...

Las poblaciones, las cuales preparaban, a veces, la fuga en medio de los campos...

El general Rivas confiaba en su pequeño ejército de soldados...

En el mes de septiembre de 1856, el jefe del ejército de la Frontera del Sur...

El coronel Levalle, que se había formado en la guerra del Paraguay...

En efecto; algunos caciques, entre ellos Manuel Grande y Chipitrus...

Hoy le participo que el día 5 vine a sorprender al cacique mayor Andrés Raniqueo...

Namuncurá aislada las inmediaciones del desierto cubierto de lanzas...

A la derecha, División chilena de 1000 lanzas...

Por primera vez, Calvucurá había sido vencido...

da que el cristiano quiere quitarle las tierras...

La distancia se acorta y el formidable clamoreo de los indios...

El general Rivas confiaba en su pequeño ejército de soldados...

Fuerzas del general Rivas: A la derecha, División chilena...

El odio a Catriel Los ejércitos están frente a frente...



SITIADO EN EL PUEBLO CHICO

por Raúl Rivero Olazábal

Ilustración de Facio Hebecquer

El pueblo estaba asentado en el valle, próximo a un río, y tenía a su vista las primeras estribaciones de la cordillera. En las afueras se extendían las quintas, cercadas todas de altos alambrados y rápidas acequias. Después, la población se disolvía insensiblemente en la llanura, que se dilataba sin variaciones hasta el río. Sólo los caminos ponían franjas calcinadas sobre el verde parduzco de los campos, y la línea más oscura de sus arboledas.

Ramiro volvía con paso ágil de esas excursiones. Traía el corazón ligero y el espíritu abierto a la amistad del mundo. Y durante el resto del día se sentía más optimista, como si todo se hubiera coloreado, hasta el sumario espectacular que cuadrificaba la ventana enrejada de su cuarto.

Aquella vez se levantó de madrugada, preparó sus implementos de pesca, los metió en un morral con unos sandwiches y, llevando un libro bajo el brazo, se dirigió hacia el río. Allí eligió un lugar en que el agua era accesible desde la costa, alistó su caña y, encendiendo un cigarrillo, se puso a pescar placidamente en eso.

En eso, unas voces que resonaban a su espalda lo hicieron voltearse y darse vuelta. Eran dos muchachos que pasaban conversando alegremente por el camino.

Ramiro se quedó mirándolos, mientras se alejaban lentamente por la orilla. Aun tenía ante su vista los ojos maravillosos de una de ellas, que lo había observado con curiosidad no exenta de simpatía. Se acercaban ya a un recodo del camino, después del cual desaparecían de su vista. Ramiro advirtió lo que sucedería en ese punto, y se fijó ansiosamente. Llegaron al recodo. Doblaron. Pero antes, la de los bellos ojos volvió la cabeza y lo miró. Ramiro observó esa mirada con la avides de una cámara oscura y suspiró, satisfecho: la esperaba.

En esa noche salió a dar una vuelta por el pueblo. Recordó que era día de retreta, por lo que la plaza debía de estar sumamente concurrida. Fuera de eso, no había dónde ir, así que se encaminó hacia allí, por las calles desiertas. Una vez en la plaza, se mezcló a los grupos que iban y venían por los caminos, procurando pasar desapercibido. Pero, lejos de ello, su presencia era advertida inmediatamente y originaba cuchicheos y comentarios no siempre bien disimulados.

En general, los paseantes se preguntaban quién sería el forastero, si bien ya había algunos que, por haberlo sabido en

el hotel, explicaban a los otros que se trataba del nuevo maestro, acabado de llegar de Buenos Aires.

De pronto, en el cuadro de unas muchachas que se acercaban, creyó reconocer a una que le venía sonriendo desde lejos. Cuando estuvieron junto a él, la recordó, con alegría: era una de las chicas que viera esa mañana en la orilla del río, justamente la que había mostrado súbito interés por él.

Obedeciendo los dos a una oscura fuerza que los acercaba, se saludaron como amigos.

Y durante el resto de la noche sus ojos se buscaron sin cesar y se encontraban con seguro instinto entre la multitud.

Iniciadas las clases, la vida de Ramiro se hubiera deslizado con monotonía, a pesar de las pequeñas incidencias del colegio, a no ser por el cariño de Una. Después de varios meses de relaciones, un amor muy firme había llegado a unirlos. Ella era una muchacha sencilla, que tenía esas convicciones rigurosas de quien las extrae más de su reflexión que de su experiencia. A Ramiro le agradaba porque le parecía muy mujer.

Se veían casi todas las tardes, después que Ramiro terminaba las clases, en entrevistas casi siempre fugaces, pero intensas. Atentos como si hablaran, pero generalmente callados, se dejaban simplemente vivir, olvidados de todo. La hora de sus encuentros coincidía con la puesta del sol, cuando el mundo estaba quieto, esperando algo enorme. La acequia, atrás de ellos, desmenuzaba, con un ruido insistente, los últimos momentos del día. La huida del tiempo se hacía tan presente en el fluir del agua, que una sofocación de angustia impregnaba todas las cosas, como si la noche fuera a ser eterna.

En esa felicidad plena de miedo y de confianza, mezcla de reflexión cautelosa y de impulso triunfante, fue creciendo su amor día a día, hasta arraigarse en lo más hondo.

Se acercaba la semana de mayo, que en la escuela era costumbre celebrar con algún acto público. Esa vez el director designó a Ramiro para pronunciar el discurso de circunstancias. La fiesta se realizaba en el teatro de la localidad, con asistencia de las autoridades y de "lo más granado de la sociedad", según dirían al día siguiente los periodiquillos. Consistía en alguna pieza en que jóvenes aficionados representaban episodios de la colonia o de la tiranía, y en los consabidos recitados patrióticos a cargo de los alumnos de la escuela.

En aquella ocasión, un programa análogo se desarrolló sin contratiempos. Al finalizar la función, habló Ramiro.

—No creería proceder con sinceridad — dijo — ni cumplir con mi deber, si me limitara aquí a reeditar todos los lugares comunes que es de práctica repetir en estas conmemoraciones. Eso, además, sería hacer poco honor a la selecta concurrencia que me escucha. Creo que ella es capaz de oír la verdad desagradable y rechazar la

mentira aduladora; hoy va a oír la verdad desagradable.

Entrando en materia, criticó violentamente ese falso patriotismo que consiste en callar nuestros defectos y exagerar los ajenos y que ha hecho de la historia patria que se enseña en la escuela un cúmulo de "mentiras piadosas". Durante mucho tiempo — dijo — se ha alimentado la imaginación de los niños con leyendas, endiosando a hombres que no lo merecían y olvidando a los merecedores.

—Necesitaba, acaso, San Martín, para su gloria, que durante más de un siglo hayamos menospreciado a Bolívar, no considerándolo más que un ambicioso afortunado, al extremo de presentarlo como un César único, cubierto de éxitos y de vanidad?

Al día siguiente, "El Comercio" publicaba en sus columnas el siguiente suelto:

UN DISCURSO INUSITADO

Ayer, en ocasión de realizarse en el teatro de la localidad la fiesta con que acostumbraba a celebrarse la efeméride patria, tuvimos oportunidad de escuchar un discurso que no valemos en calificar con los términos del epígrafe. Fue la oración alusiva al acto, a cargo del maestro Ramiro Somoza. Este profesor, olvidando su carácter de tal y la fiesta eminentemente escolar que se estaba realizando, se entregó a disquisiciones de crítica histórica y social que, de tener algún fundamento serio, no debieron nunca exponerse ante un auditorio compuesto principalmente de niños escolares. ¿Hasta cuándo serán ellos los conejos de experimentación, en cuyas tiernas inteligencias se ensayan las teorías más antojadizas?

—Lamentamos tener que decir que el director de la escuela ha estado esta vez poco feliz en la elección del orador. Ello quedó demostrado con el discurso intempestivo que comentamos.

La "Opinión", en cambio, manifestaba su disconformidad por medio de la tónica contraria. Describía con lujo de detalles la fiesta realizada, teniendo frases de elogio para cada uno de los participantes, hasta para los pequeños que en esas ocasiones suelen recitar versos con el mismo tono con que recitan las tablas de multiplicar, y que son el orgullo de sus padres. Daba la nómina de las autoridades y público concurrente y terminaba, con desabrimiento: "Por último, un maestro de la escuela organizadora pronunció algunas palabras, con lo que se dio por finalizado el festival".

Ramiro, por su parte, advirtió cierto malestar en el ambiente que lo rodeaba. Más tarde se encontró con Una.

—No me extraña lo que me sucede — le dijo ella — si yo hubiera sabido antes cómo era el discurso que pensabas pronunciar, te hubiera aconsejado no hacerlo. Yo lo creo que es inapropiado, pero no al lugar ni a la ocasión, sino a la inteligencia y a los gustos de esta gente. En cambio, si les hubieras hablado del blanco que simboliza la pureza y del azul que simboliza... la esperanza o cualquier otra cosa, ahora estarían todos encantados.

Dos días después llegaron los diarios de Buenos Aires, que en la sección telegráfica daban cuenta del suceso. La noticia había sido deformada, abultándola enormemente, al punto de que — según ella — en el discurso se hablaba despectivamente de la nacionalidad y se ponían en tela de juicio las glorias de los ejércitos patrióticos y el renombre de los próceres.

Ramiro se alarmó. Cuando llegó a su despacho, tenía en sus manos un telegrama de la superioridad, donde se le ordenaba la remisión de todos los antecedentes del asunto.

—Ve a que proporciones está tomando esto — le dijo —. Es deplorable, señor Somoza, que su tino no nos haya evitado, a usted y a mí, este "nojoso an-

redo. En fin, tratarse de reducir las cosas a su verdadero tamaño. ¿Tiene usted los originales del discurso?

—No; no lo he escrito. Era casi improvisado.

—Es una lástima, pues la mejor defensa hubiera sido enviar el texto mismo. Bueno; de cualquier modo, trataré de reflejar fielmente sus palabras.

Ramiro dio su clase como todos los días. Vuelto luego al hotel, mientras hacía tiempo para el almuerzo, se puso a leer los diarios locales. En todos estos, la parte de información general era muy escasa, abundando en cambio, los avisos y la crónica social. Llama especialmente esta sección de "El Comercio", cuando llamó su atención un recuadro que decía: "Se comenta desfavorablemente en la población la conducta del forastero que, tras de haber dado tanto que hablar con sus patarbas, no se queda atrás con sus hechos. En efecto; son motivo de cachicheos las relaciones de este osado personaje con "una" niña de nuestra localidad".

La alusión era tan clara, que un ciego la veía. Ramiro sacó del cajón de la mesa de luz su revólver y, con él en el bolsillo, se dirigió a la calle.

Llegó a la imprenta de "El Comercio". Entró. Paso por entre las Marinoni, que parecían saludarlo con sus abanicos de papel impreso. Se detuvo ante un obrero que estaba componiendo a mano y le preguntó por el dueño o director. El hombre le indicó una pica, al fondo.

Ramiro entró en ella y cerró la puerta tras sí. Un individuo que estaba agachado sobre un escritorio levantó la cabeza y lo interrogó con la mirada. Era un tipo amuladado, de edad indefinida.

Ramiro le tendió el diario, ensuciándole el recuadro insistido.

—¿Usted ha escrito esto? — preguntó.

—El otro se puso de pie, sorprendido.

—¿Quién es usted?

—Yo soy Ramiro Somoza, el mismo al que ustedes ven en este chisma. ¿Insultando? ¿Quién lo ha escrito? ¿Dígame quién lo ha escrito!

Y diciéndole así, le metía el diario entre los ojos, trémulo de rabia.

Su interlocutor adoptó una actitud que quería ser digna, y con un gesto aparte de su cara el diario que Ramiro esgrimía como un garrote. Luego le repuso, en tanto que arreglaba calmadamente los papeles desmenuados sobre el escritorio que los separaban:

—Usted parece que viene resuelto a hacer un escándalo, señor. Si es así, lamentablemente, pues no he de darle la oportunidad de hacerlo. Le ruego, por lo tanto, que se retire. No puedo atenderlo en esta forma.

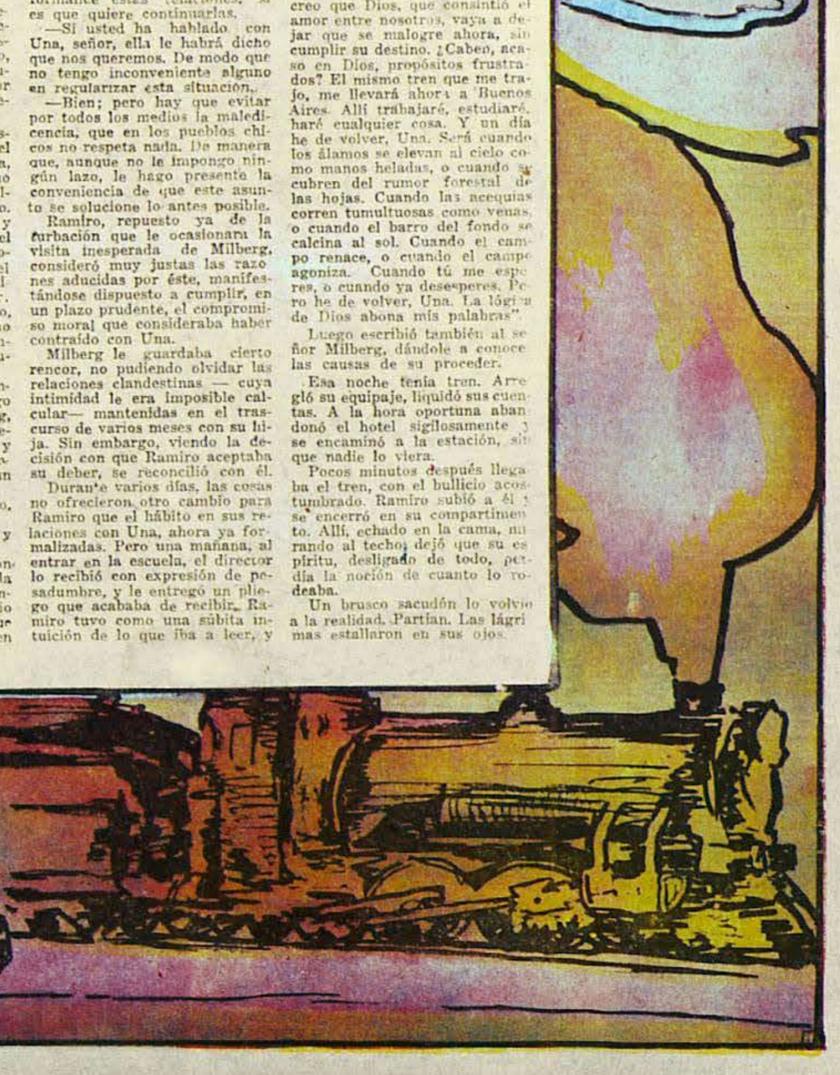
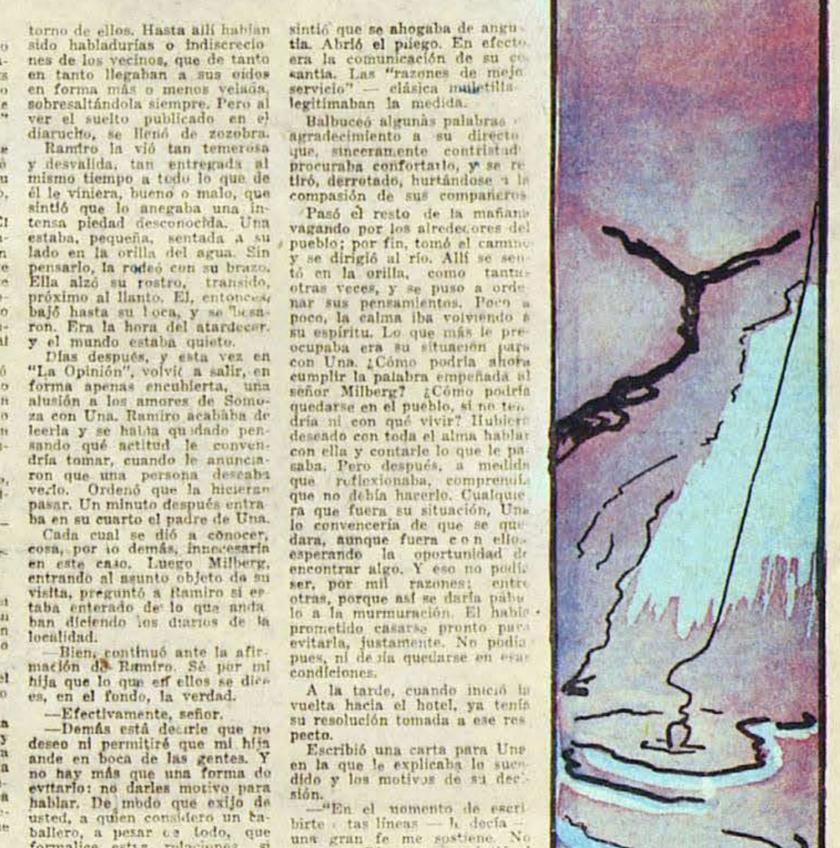
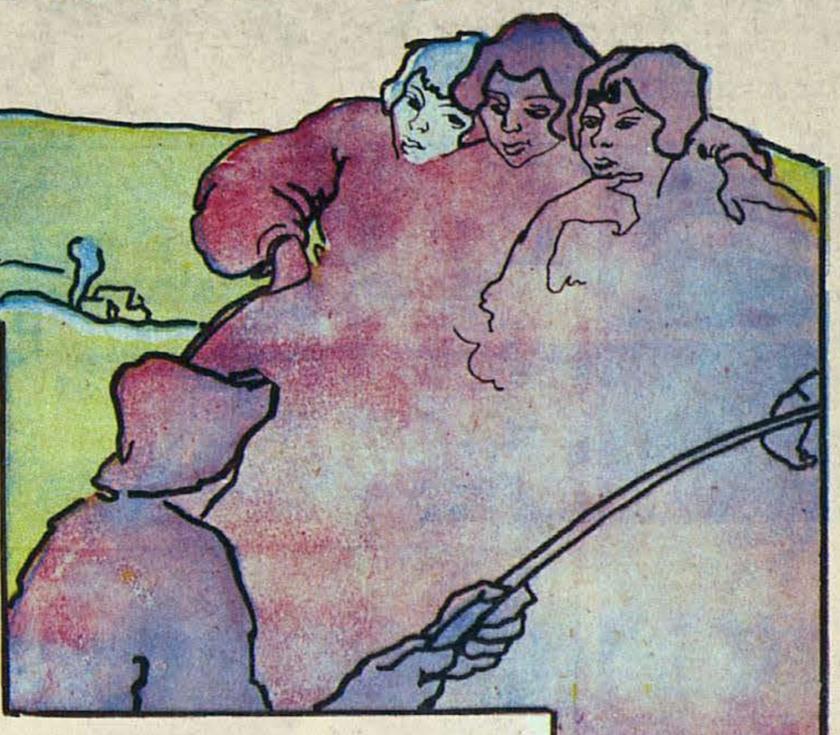
Ramiro dió un empujón al escritorio, volteando el tintero, el teléfono y la lámpara eléctrica, que reventó en el suelo como una bomba de agua. De un salto se abalanzó sobre el mulato. Este retrocedió trastabillando y manoteando ávidamente en el vacío; por último, viéndose acorralado, se echó sobre el cajón del escritorio y quiso abrirlo. Ramiro sacó entonces su revólver.

—No se mueva, ordenó. Luego, pivotando con él en el pecho de su contrincante, fue diciéndole con calma, con la fría resolución de un odio ya tranquilo: —La próxima vez que su infame pasquin se meta conmigo o con la señorita de Milberg, lo mataré a usted como un perro. ¿Entiende? Vengo aquí y lo mato. ¡Lo mato! ¡Me comprende, no? ¡Lo mato como un perro!

El otro lo miraba, alado, sin atinar con una respuesta.

Ramiro guardó su revólver y se encaminó hacia la calle.

A la tarde se encontró con Una, en la orilla del río. Ella estuvo más afectuosa que nunca. Había leído el comentario de "El Comercio" y sentía que el círculo enemigo se cerraba en



torno de ellos. Hasta allí habían sido habladurías o indiscreciones de los vecinos, que de tanto en tanto llegaban a sus oídos en forma más o menos velada, sobresaltándola siempre. Pero al ver el suelto publicado en el diarcho, se llenó de zozobra.

Ramiro la vio tan temerosa y desvalida, tan entregada al mismo tiempo a todo lo que de él le viniera, bueno o malo, que sintió que le anegaba una intensa piedad desconocida. Una estaba, pequeña, sentada a su lado en la orilla del agua. Sin pensarlo, la rodeó con su brazo. Ella alzó su rostro, traspasado, próximo al llanto. El entonces, bajó hasta su boca, y se besaron. Era la hora del atardecer, y el mundo estaba quieto.

Días después, y esta vez en "La Opinión", volvió a salir, en forma apenas encubierta, una alusión a los amores de Somoza con Una. Ramiro acababa de leerla y se había quedado pensando qué actitud le convenía tomar, cuando le anunciaron que una persona deseaba verlo. Ordenó que la hicieran pasar. Un minuto después entraba en su cuarto el padre de Una.

Cada cual se dió a conocer, cosa, por lo demás, innecesaria en este caso. Luego Milberg, entrando al asunto objeto de su visita, preguntó a Ramiro si estaba enterado de lo que andaba haciendo los diarios de la localidad.

—Bien, continuó ante la afirmación de Ramiro. Sé por mi hija que lo que ellos se dicen, es, en el fondo, la verdad.

—Efectivamente, señor.

—Demás está decirle que no deseo ni permitir que mi hija ande en boca de las gentes. Y no hay más que una forma de evitarlo: no darle motivo para hablar. De modo que exijo de usted, a quien considero un caballero, a pesar de todo, que formalice estas relaciones, si es que quiere continuarlas.

—Si usted ha hablado con Una, señor, ella le habrá dicho que nos queremos. De modo que no tengo inconveniente alguno en regularizar esta situación.

—Bien; pero hay que evitar por todos los medios la maledicencia, que en los pueblos chicos no respeta nada. De manera que, aunque no le impongo ningún lazo, le hago presente la conveniencia de que este asunto se solucione lo antes posible.

Ramiro, repuesto ya de la turbación que le ocasionara la visita inesperada de Milberg, consideró muy justas las razones aducidas por éste, manifestándose dispuesto a cumplir, en un plazo prudente, el compromiso moral que consideraba haber contraído con Una.

Milberg le guardaba cierto rencor, no pudiendo olvidar las relaciones clandestinas — cuya intimidad le era imposible calcular — mantenidas en el transcurso de varios meses con su hija. Sin embargo, viendo la decisión con que Ramiro aceptaba su deber, se reconcilió con él.

Durante varios días, las cosas no ofrecieron otro cambio para Ramiro que el hábito en sus relaciones con Una, ahora ya formalizadas. Pero una mañana, al entrar en la escuela, el director le recibió con expresión de pesadumbre, y le entregó un pliego que acababa de recibir. Ramiro tuvo como una súbita intuición de lo que iba a leer, y

sintió que se ahogaba de angustia. Abrió el pliego. En efecto, era la comunicación de su exsantía. Las "razones de mejor servicio" — clásica muletilla — legitimaban la medida.

Balbuéee algunas palabras de agradecimiento a su director, que, sinceramente contristado, procuraba confortarlo, y se retiró, derrotado, hundiéndose a la compasión de sus compañeros.

Pasó el resto de la mañana vagando por los alrededores del pueblo; por fin, tomó el camino y se dirigió al río. Allí se sentó en la orilla, como tantas otras veces, y se puso a ordenar sus pensamientos. Poco a poco, la calma iba volviendo a su espíritu. Lo que más le preocupaba era su situación para con Una. ¿Cómo podría ahora cumplir la palabra empeñada al señor Milberg? ¿Cómo podría quedarse en el pueblo, si no tendría ni con qué vivir? Hubiera deseado con toda el alma hablar con ella y contarle lo que le pasaba. Pero después, a medida que reflexionaba, comprendió que no debía hacerlo. Cualquiera que fuera su situación, Una lo convencería de que se quedara, aunque fuera con ella, esperando la oportunidad de encontrar algo. Y eso no podía ser, por mil razones, entre otras, porque así se daría burla a la maldicencia. El había prometido casarse pronto para evitarla, justamente. No podía, pues, ni de día quedarse en esas condiciones.

A la tarde, cuando inició la vuelta hacia el hotel, ya tenía su resolución tomada a ese respecto.

Escribió una carta para Una en la que le explicaba lo sucedido y los motivos de su decisión.

—En el momento de escribirte estas líneas, te decía una gran fe me sostiene. No creo que Dios, que consistió el amor entre nosotros, vaya a dejar que se malogre ahora, sin cumplir su destino. ¿Cabe, acaso en Dios, propósitos frustrados? El mismo tren que me trajo, me llevará ahora a Buenos Aires. Allí trabajaré, estudiaré, haré cualquier cosa. Y un día he de volver. Una. Será cuando los ángeles se elevan al cielo como manos heladas, o cuando se cubren del rumor forestal de las hojas. Cuando las acequias corren tumultuosas como venas, o cuando el barro del fondo se calcina al sol. Cuando el campo renace, o cuando el campo agoniza. Cuando tú me esperes, o cuando ya desespere. Pero he de volver. Una. La lógica de Dios abona mis palabras".

Luego escribió también al señor Milberg, dándole a conocer las causas de su proceder.

Esa noche tenía tren. Arregló su equipaje, liquidó sus cuentas. A la hora oportuna abandonó el hotel sigilosamente y se encaminó a la estación, sin que nadie lo viera.

Pocos minutos después llegaba el tren, con el bullicio acostumbrado. Ramiro subió a él y se encerró en su compartimiento. Allí, echado en la cama, mirando al techo dejó que su espíritu, desligado de todo, recordara la noción de cuanto lo rodeaba.

Un brusco sacudón lo volvió a la realidad. Partían. Las lágrimas estallaron en sus ojos.

IA veintinueve de Septiembre... IA veintinueve de Septiembre...

por José Allegretto

Ilustración de Parpagnoli



rematá, la compraron Storger Brothers and Company... Su amistad con Marcos, su cuñado...

El frío es intenso, quizá más intenso, que la mayor parte de los días del invierno que se va...

Las diez de la noche. El frío se ha hecho mucho más intenso...

Los campos de Villa X, en la provincia de Santa Fe, con sus tierras frías de agua...

Los pobladores duermen, descansando de las fatigas del día...

En la población, el grupo urbano, raleado por grandes pobres que se agrupan a la...

En la casa, en el ambiente salido a borbotones de mercaderías...

En la estación, en fin, ha desobedecido todos los puntos que establece el contrato...

En el número que con motivo de su inspección primer aniversario...

En la sección anterior a "Paprika" aguantó la cinta "Casa de Modas"...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

maíz, de papas y de verdura... en forma de papas y de verdura...

A su derecha, media docena de expedientes judiciales...

En la última huela y que pretendía oponerse a que levantaran la cosecha...

En la estación, en fin, ha desobedecido todos los puntos que establece el contrato...

En el número que con motivo de su inspección primer aniversario...

En la sección anterior a "Paprika" aguantó la cinta "Casa de Modas"...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

maíz, de papas y de verdura... en forma de papas y de verdura...

A su derecha, media docena de expedientes judiciales...

En la última huela y que pretendía oponerse a que levantaran la cosecha...

En la estación, en fin, ha desobedecido todos los puntos que establece el contrato...

En el número que con motivo de su inspección primer aniversario...

En la sección anterior a "Paprika" aguantó la cinta "Casa de Modas"...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

maíz, de papas y de verdura... en forma de papas y de verdura...

A su derecha, media docena de expedientes judiciales...

En la última huela y que pretendía oponerse a que levantaran la cosecha...

En la estación, en fin, ha desobedecido todos los puntos que establece el contrato...

En el número que con motivo de su inspección primer aniversario...

En la sección anterior a "Paprika" aguantó la cinta "Casa de Modas"...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

maíz, de papas y de verdura... en forma de papas y de verdura...

A su derecha, media docena de expedientes judiciales...

En la última huela y que pretendía oponerse a que levantaran la cosecha...

En la estación, en fin, ha desobedecido todos los puntos que establece el contrato...

En el número que con motivo de su inspección primer aniversario...

En la sección anterior a "Paprika" aguantó la cinta "Casa de Modas"...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

maíz, de papas y de verdura... en forma de papas y de verdura...

A su derecha, media docena de expedientes judiciales...

En la última huela y que pretendía oponerse a que levantaran la cosecha...

En la estación, en fin, ha desobedecido todos los puntos que establece el contrato...

En el número que con motivo de su inspección primer aniversario...

En la sección anterior a "Paprika" aguantó la cinta "Casa de Modas"...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

maíz, de papas y de verdura... en forma de papas y de verdura...

A su derecha, media docena de expedientes judiciales...

En la última huela y que pretendía oponerse a que levantaran la cosecha...

En la estación, en fin, ha desobedecido todos los puntos que establece el contrato...

En el número que con motivo de su inspección primer aniversario...

En la sección anterior a "Paprika" aguantó la cinta "Casa de Modas"...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

Museo de la Confusión

EN un pensadísimo suplemento dominical de cuyo nombre prefiero olvidar, no ha mucho tiempo, el 29 de octubre, se permitió la publicación de un abultado poema de título acuático y soslos: Palabras escritas en el agua...

El programa cinematográfico del cine Renacimiento sale en ciertas ocasiones con realismo inspirado...

En el número que con motivo de su inspección primer aniversario puso en circulación la revista Maricel...

En la sección anterior a "Paprika" aguantó la cinta "Casa de Modas" con Renate Müller...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

El huerto se cultivaba solo, los frutales salían corriendo a buscar una regadera...

La explicación nos la da el poeta diciendo: Cuando no escribo, leo; cuando no leo, escribo...

El programa cinematográfico del cine Renacimiento sale en ciertas ocasiones con realismo inspirado...

En el número que con motivo de su inspección primer aniversario puso en circulación la revista Maricel...

En la sección anterior a "Paprika" aguantó la cinta "Casa de Modas" con Renate Müller...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

La creación española: El Diluido; la creación sánica: El Barriete; la creación poética: Cuelixto Oyuela...

En el número que con motivo de su inspección primer aniversario puso en circulación la revista Maricel...

En la sección anterior a "Paprika" aguantó la cinta "Casa de Modas" con Renate Müller...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

La creación española: El Diluido; la creación sánica: El Barriete; la creación poética: Cuelixto Oyuela...

En el número que con motivo de su inspección primer aniversario puso en circulación la revista Maricel...

En la sección anterior a "Paprika" aguantó la cinta "Casa de Modas" con Renate Müller...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

La creación española: El Diluido; la creación sánica: El Barriete; la creación poética: Cuelixto Oyuela...

En el número que con motivo de su inspección primer aniversario puso en circulación la revista Maricel...

En la sección anterior a "Paprika" aguantó la cinta "Casa de Modas" con Renate Müller...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

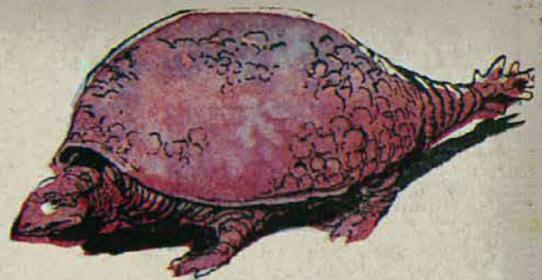
En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

En París, en el interior de un lujoso petit hotel de uno de los barrios más aristocráticos...

Anímula Váguela

EL MUNDO NACIENTE



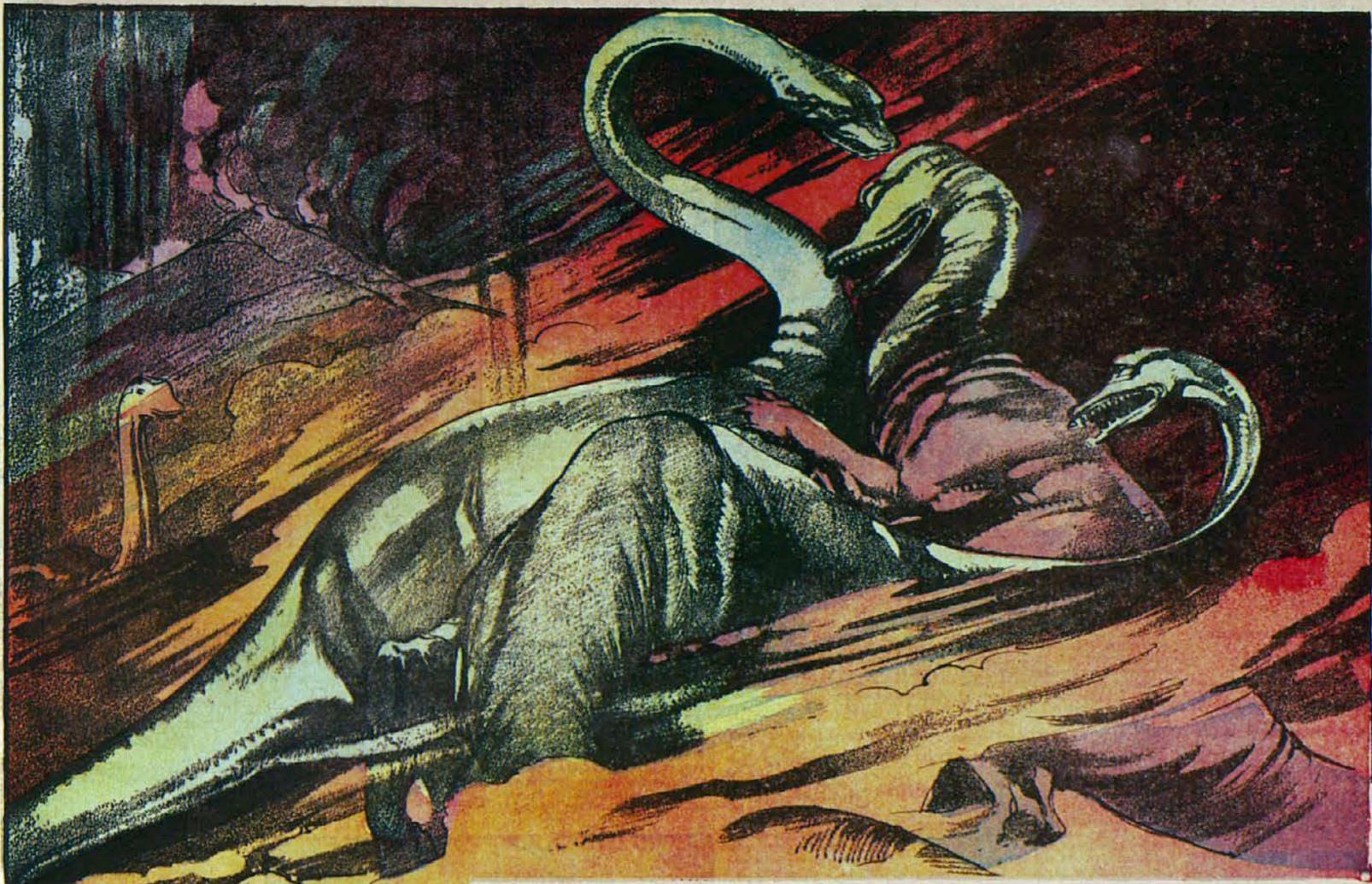
des desdentados, del más extraordinario aspecto y de fantásticas dimensiones. Los antepasados de los armadillos, los tatarabuelos fósiles del peludo y la mullita, poblaron nuestras pampas con sus extrañas siluetas acorazadas con sólidas caparazones decoradas, a veces, de largas cordas móviles.

El *Grypotherium*, llamado también *neomylodon*, era un ser perezoso y pesado, del tamaño de un toro, cuya piel tenía incluida en su espesor una verdadera coraza deformada por huesecillos sueltos. Más sorprendente aún resultaba la estampa y los movimientos del *megatherium*, bestia desconocida, mayor que los elefantes y cuya pelvis, maciza, terminaba en una cola enorme que le servía de tercer pie, cuando se levantaba sobre sus patas traseras para palear y desmenujar las hojas de los árboles, estirando su minúscula cabeza asentada sobre un cuello corto y robusto. Sus dedos estaban armados de largas y fuertes garras que le servían para cavar y desmenujar los grandes árboles a cuyas ramas no podía llegar a pesar de la longitud enorme de su cuerpo. El *milodonte*, más chico, pero de una figura más extraña todavía, tenía sus mandíbulas armadas de dientes de sección triangular. El *toxodonte* era el sustituto del hipopótamo al cual se parecía, y vivía en regiones pantanosas. Los armadillos fósiles, superaban en enorme proporción el tamaño de los que aún viven en nuestras pampas. Llevaban el cuerpo defendido por corazas formadas de diversas placas óseas, anchas y articuladas, de modo que el animal podía ejecutar toda clase de movimientos y sentirse protegido a la vez, como si se encontrara dentro de una caja de malla. Los *glyptodontes*, especie de tortugas gigantes, de cuatro metros de longitud tenían una rígida caparazón que como veremos más tarde, sirvió de cabaña a los hombres fósiles de la pampa. En alguna de esas especies, la cola terminaba en una pesada maza ósea con la que el animal descargaba peligrosos golpes en su lucha contra otras bestias prehistóricas y con el cual se defendía de los ataques del hombre fósil pampeano, que codiciaba su carne y necesitaba su caparazón para emplearlo como choza y fortaleza.

En la selva original pacían las bestias enormes.

El aspecto físico de la pampa la inmensa llanura que conocemos hoy, no ha cambiado mucho desde esas épocas que se remontan a millones de años, sólo la vegetación hubo de ser distinta. La presencia de seres como los animales enormes que hemos citado, de alimentación no tamente vegetal, presuponía la existencia de inmensos matorrales y bosques capaces de sustentarlos. De este modo, la Pampa, viviente de monstruos que sólo puede reconstituirse imaginariamente, la visión de sus restos gigantes vió correr, luchar y morir sobre su llanura a los primeros habitantes de nuestro suelo. Nada puede dar idea cabal de cual fue el estado de espíritu de ese fuerte y rudimentario Humanidad, que encendió el primer fuego, que construyó la primera urca, y sintió el horror de la tremenda desolación frente a misterio cósmico del alba de la existencia. Pero su vida exterior, sus luchas, sus trabajos, su dolor y su final extinción entre la capsa del barro cuaternario, es puede ser reconstruido por la investigación y tal ha de ser el objeto de las notas que continúe el presente artículo.

LOS hombres, los monstruos, las catástrofes y los exodos de la Pampa de hace millones de años. Un mundo extraño, selvático y pleno de terrible intensidad, es evocado por el profesor Sergio Aranda, que colaborará regularmente en estas columnas con una serie de artículos adquiridos con carácter de exclusivos.



Al iniciarse la era cuaternaria, las inmensas extensiones desiertas que más tarde serían nuestras pampas, no diferían gran cosa del aspecto que presentan hoy. Acaso una vegetación de densos matorrales cambiaba un poco su perfil actual y las inmensas lagunas, de aguas cenagosas, reflejaban los astros de las noches prehistóricas, como ojos gigantes, donde algunos millares de años atrás, todavía pululaban los grandes reptiles monstruosos.

Tiempos dilatados y oscuros habían pasado sobre la Tierra, poblando su corteza de formas gigantes. La abundancia de anhídrido carbónico, producto de las enormes catástrofes geológicas, adensaba la atmósfera y la tornaba propicia para el desarrollo de los bosques de árboles enormes y de helechos desmesurados, los que, al captar ese óxido de carbono y exhalar oxígeno en incalculable proporción, preparaban, a su vez, la aparición de

los animales que muy pronto iban a encontrar un aire purificado y respirable. Con la aparición del primer reptil, la tierra daba un inmenso paso en su evolución, y, al cerrarse la era primaria, la era secundaria comenzaba a clarificar; la vida salía del mar, se organizaba en formas reptantes, y las inmensas serpientes y los pesados saurios empezaban a deslizarse entre los bosques de helechos. Los antepasados del hombre comenzaban a respirar el aire infecto de las dilatadas ciénagas, pero todavía faltaban millones de años para que en el conjunto de gritos y estertores animales, se levantara la voz humana poniendo un sentido dramático en ese mundo naciente.

Hombres y animales huían ante la trágica invasión de los hielos.

Las multitudes que habían de poblar el planeta nacieron de una pareja común, se desgranaron

desde un solo centro de dispersión, o, por el contrario, la inapreciable maravilla de la creación tuvo lugar, simultáneamente, en diversos lugares. La ciencia actual, sin resolver definitivamente la cuestión, ha considerado el proceso de las grandes migraciones. Estos largos y dramáticos episodios errantes de la humanidad, en que hombres y animales se mezclaron en una trágica huida, se debieron, sobre

todo, a razones de clima. La era primaria del calor, había registrado temperaturas verdaderamente igneas. Sobre la corteza continental, flotaban vapores caliginosos y una densa humedad formaba monstruosas neblinas que se desgarraban, luego, en verdaderos diluvios. Los primeros animales invertebrados, anfibios y peces, se movían entre la doble irradiación que partía del centro de la tierra en violenta ignición, y la que reverberaba del sol, en una actividad para nosotros desconocida.

POR SERGIO ARANDA
★
ILUSTRACION DE Premiani

En la era terciaria, tales características se habían modificadas ya, aun cuando en su principio, el clima correspondiente a la actual zona templada de Europa tenía un carácter subtropical. La temperatura media en Francia, que hoy llega escasamente a los 11 grados, alcanzaba entonces promedios superiores a los 25. La flora de la época terciaria, que cubría las márgenes del Sena y se enmarcaba en lo que hoy es el corazón de París, era una flora de África Central, con intrusiones asiáticas. Pero en la época plioceno, las nieves, que comenzaban a aparecer en los picos de las altas montañas, señalaban la iniciación de la gran invasión del hielo que, más tarde, en la era cuaternaria, la era glacial, cubrió por igual las montañas altas y medias de Europa con enormes capas de hielo que deslizando hasta cubrir gran parte de las tierras bajas, destruyeron toda posibilidad de vida. Frente al cataclismo se produjo la desbandada. El hombre y los animales, escapando de la fría temperatura, de la total devastación de las tierras fértiles, convertidas en un verdadero desierto polar, buscaron la salvación en las enormes migraciones en masa.

El período glacial tuvo, no obstante, intermitencias; hubo, dentro de él, épocas más benignas, que contribuyeron a facilitar estos desplazamientos colectivos. Cuando el proceso de glaciación cubría una zona determinada, los habitantes y la fauna de esa región huían en masa, buscando un lugar menos afectado por el descenso de la temperatura y la invasión de los hielos. En ciertas regiones de la tierra, estos desplazamientos se produjeron con ritmo alternado, y las huellas dejadas por esta primitiva humanidad, a lo largo de sus penosas rutas, demuestran las andanzas de Norte a Sur, y de Sur a Norte, que el hombre fósil cumplió, hostigado por ese género de catástrofes climáticas. Y esto fué lo que ocurrió en América.

El mundo fósil americano

La unión de América del Norte y América del Sur, solamente se produjo después del período mioceno. Durante muchos millones de años, las dos masas continentales permanecieron separadas por el mar, y en el plioceno acabó de formarse el puente terrestre que había de unir ambas Américas. El istmo de Panamá, educido hoy a una estrecha franja de tierra, era entonces mucho mayor, y las islas antillanas, lo mismo que Cuba, estaban unidas a la tierra firme, formando un solo block, como lo demuestra la presencia en ellas de los grandes desdentados.

La unión de las dos Américas determinó una influencia intensa y mutua entre las faunas de ambos hemisferios, revistiendo la forma de migraciones de Norte a Sur y viceversa.

Los monstruos venían del Asia.

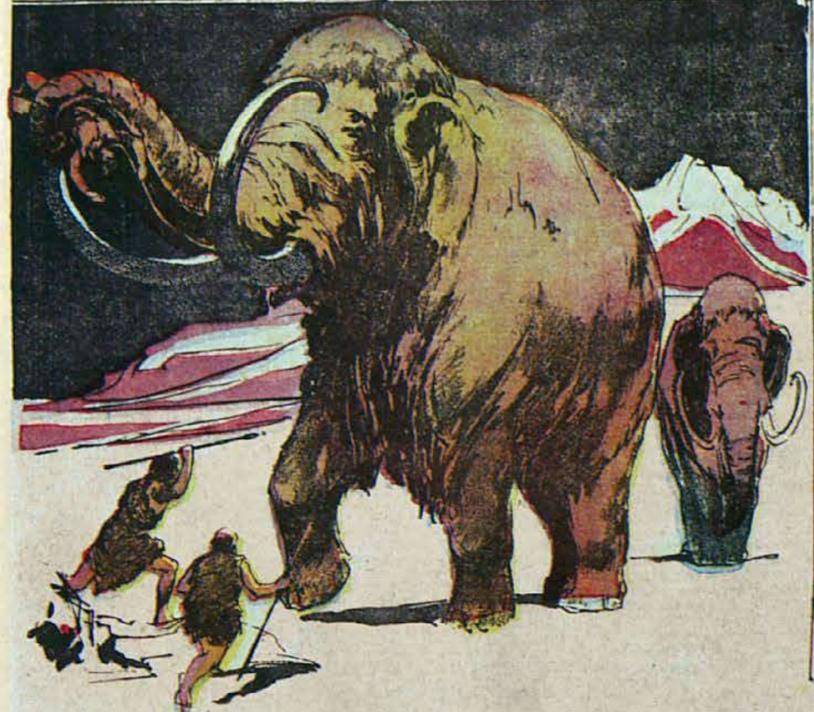
Estas emigraciones, que alternativamente se produjeron entre las dos Américas, guardaron una estrecha relación con la aparición de los grandes hielos. Entre las gigantes especies locales fué el mamut la más extendida por la América del Norte. Más grande que los mayores elefantes africanos, cubierto de una espesa pelambre cerdoza y provisto de enormes de

fosas de marfil, el mamut, lo mismo que el ciervo, el reno, el bisonte y varios grandes animales de presa, penetraron en América del Norte desde Asia, a través del paso Bering, que entonces aún no estaba roto. Pero esta emigración no se hizo sin que los invasores del Nuevo Mundo toparan con una rica fauna autóctona, perfectamente diferenciada en cada porción de las que se divide nuestro Continente.

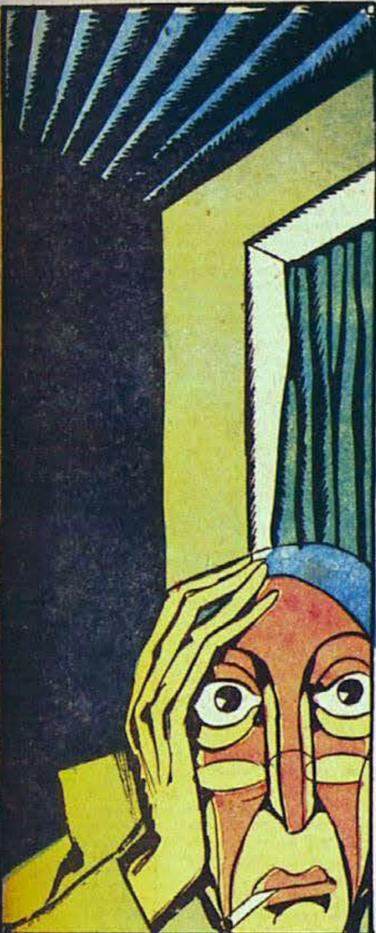
En América del Sur vivieron los grandes desdentados

Si la América del Norte tuvo al mastodonte de Ohio, de mayor tamaño que cualquiera de los elefantes europeos, al en su fauna regional se contaban los caballos salvajes, los tapires, etc., bastante diferenciados de las especies correlativas de Europa; la América del Sur, tuvo, en cambio, el predominio de los gran-

El Nuevo Rico ★ por H. Rodrigue



Una Madre



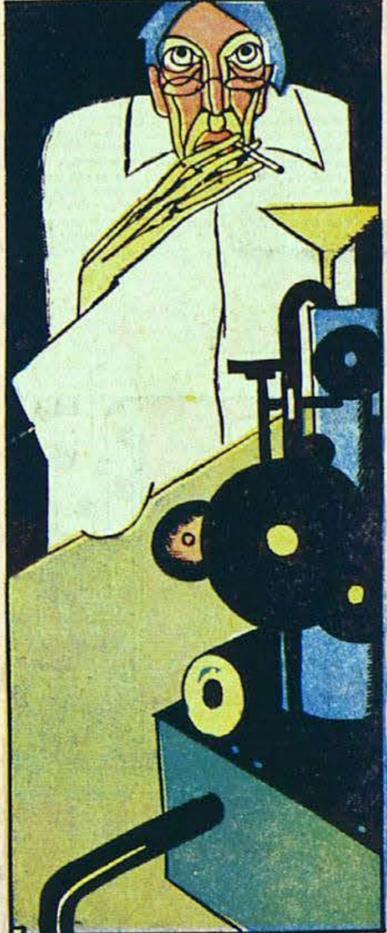
—Sin embargo, no tiene edad para estar hablando sola. Y repite: ¡Qué lástima! ¡Qué lástima!
—¿Ha pedido ver al señor?
—No, pero creo que lo espera.
La señora Guillepert, con un rostro que afectaba asombro, se dirigió a su prima:
—Enriqueta, ¿estás enferma?
—No... pasaba por aquí...
—Perdóname, pero tengo los minutos contados. Edmundo y yo tenemos que ir a tomar el té a la casa del profesor Vautrait.
—Me voy.
—Te enviaré unas letras la semana que viene para que vengas a cenar con nosotros. ¿Dónde está tu abrigo?
—No tengo abrigo.
—¿Con un frío semejante!
—¿Hace frío?
—Vamos, debes ser razonable.
—Yo no tenía frío... Será preciso que me compre un abrigo...
—Iremos juntas a elegir uno.
—Bueno, si tú lo quieres.

No se decidía a levantarse. La señora Guillepert debió empujarla hacia la puerta. Y, en seguida dió severas órdenes al sirviente:
—En lo sucesivo no dejará entrar a nadie. El señor tiene mucho que hacer. Vd. dirá que no estamos.
Durante esa semana la prima volvió dos veces. No protestaba, era dulce y resignada:
—¿La señora no está? ¿El doctor tampoco? Bueno, volveré.
Un día de consulta volvió. Esperó su turno entre los enfermos y cuando llegó, lo cedió sucesivamente a dos señoras.
—Pasen, yo tengo tiempo.

Se había sentado en un rincón oscuro y el doctor no la reconoció hasta que entró al consultorio.
—¿Vaya, qué idea! —le reprochó el doctor—; hubiera debido hacerse anunciar. ¡Qué buen viento la trae, Enriqueta! ¿Supongo que no está enferma?

Ella sacudió la cabeza:
—No, yo estoy bien. ¡Y su descubrimiento, Edmundo?
—Será público dentro de varios días.
—Es hermoso, —suspiró Enriqueta—. Pero ¡qué lástima!
—Sí, sí, ya lo sé —contestó el doctor con exasperación.
—Si Vd. hubiera encontrado eso el año pasado...
—Sin duda...
—Yo tendría todavía a mi hijo.
—No es mía la culpa.
Ella protestó con dulce obstinación:
—Vd. hubiera debido trabajar más. Iba al teatro con Lisa, cenaban ustedes fuera de casa.

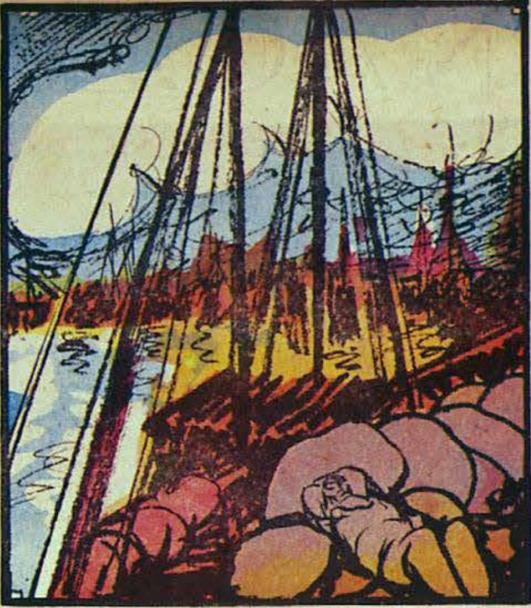
DESDE su cuarto, la señora Guillepert sintió un fuerte olor a quemado que parecía venir del gabinete de trabajo de su marido. Allí se dirigió. Arrodillado frente al fuego de la chimenea, el doctor Guillepert quemaba papeles. Al ruido se dio vuelta. Su amable rostro resplandecía. Sonrió a su esposa.
—¿Qué haces? —dijo ella, y agregó bromean-do: ¿Destruyes cartas de amor?
—El se levantó y con gesto tierno le tomó las manos.
—Lisa, mi pequeña, tengo que anunciarte una gran noticia.
—¿Buena?
—¡Maravillosa!
—Díla pronto, querido.
Pero el doctor apenas podía hablar. El llanto lo ahogaba. Llegaba al ansiado fin después de años de búsquedas pacientes. Gracias a su descubrimiento, la fiebre tifoidea sería vencida. Y echaba al fuego el trabajo de las horas de vida, de desesperación, a través de las cuales vivió, sin embargo, el sol radiante del éxito.
—Todo está aquí, —dijo, mostrando una hoja cubierta de geroglíficos.
—No comprendo nada.
—Nadie podría comprenderlo. Es un resumen que ha hecho para mí. Ahora redactaré la comunicación, las experiencias son concluyentes. ¡Lisa mía, conoceremos la gloria!
—Explícame, pues, ¿has encontrado seguramente el medio de curar la fiebre tifoidea?
—Sí.
—¡Oh, amor mío!
Se callaron en seguida, adivinando la tímida presencia de alguien en el fondo de la habitación. Recordaron que habían invitado a cenar a la prima Enriqueta. Una inquietud súbita heló su entusiasmo.
La pobre mujer, meses antes, había perdido a su pequeño Ives, muerto de tifus. Enriqueta había oído? Sí, había oído. Lo comprendieron en el tono extraño de su voz cuando los saludó.
—Hola, ¿estabas ahí, Enriqueta? —dijo la señora Guillepert.
—Sí, les pido perdón...
Fue muy bonita, pero después de la muerte de su hijo se abandonaba. Al quedar viuda siguió siendo coqueta. Ahora, llevaba un luto de pobre. Sus hermosos cabellos rubios, mal anudados, caían en mechones sueltos y tenía los gestos torpes, como friolentos, de aquellas madres que, no teniendo más su pequeño para estrechar, no saben ya qué hacer de sus brazos inútiles...
—¿Qué hermoso! Lo felicito, Edmundo, y tú, Lisa, puedes sentirte orgullosa, es hermoso.
La frase que Guillepert y su esposa temían saltó al fin:
—¡Oh, Dios mío! ¿Por qué no fué el año pasado?



Una tarde usted estaba apurado, lo recuerdo... un baile...
—Hay que vivir lo mismo, Enriqueta.
—Pero no cuando se tiene la responsabilidad de los que han de morir.
—Enriqueta, yo la perdono, pero es Vd. muy injusta. Yo me he matado trabajando.
—¿Cómo? ¿Si Vd. vive!
—Escúcheme, Enriqueta, estoy fatigado... y tengo que escribir cartas urgentes. Vd. encontrará probablemente a Lisa en su habitación. Cene con nosotros... ¿Es todo lo que tiene que decirme?
—Tengo que decirle que si Vd. hubiera descubierto esto el año pasado...
El doctor se aproximó a la pobre madre, se hizo persuasivo tratándola como a una enferma. Y turbado de pronto por el brillo duro de sus ojos y el pliegue amargo de su boca, le dijo:
—Nosotros no somos nada, mi pobre Enriqueta. Hay que ser abnegado. Los casos particulares son crueles, pero antes que nada está la humanidad.
—¿La humanidad?
—Sí.
—¿Qué quiere Vd. que me importe la humanidad? ¿Yo he perdido a mi hijo?
—Cálmese...
—Y la culpa es suya, ¡me oye Vd.?, es suya. ¡Habrá que ir más rápido!
Un grito, la señora Guillepert se precipita. Enriqueta está inclinada sobre el médico como si éste se hubiera desvanecido. Cuando se separa, deja caer un cuerpo inanimado, con la garganta abierta, y explica dulce y pausadamente a la mujer petrificada de horror:
—¡Debia haber encontrado eso el año pasado... el año pasado...!

—Lisa, mi pequeña, tengo que anunciarte una gran noticia.
—¿Buena?
—¡Maravillosa!
—Díla pronto, querido.
Pero el doctor apenas podía hablar. El llanto lo ahogaba. Llegaba al ansiado fin después de años de búsquedas pacientes. Gracias a su descubrimiento, la fiebre tifoidea sería vencida. Y echaba al fuego el trabajo de las horas de vida, de desesperación, a través de las cuales vivió, sin embargo, el sol radiante del éxito.
—Todo está aquí, —dijo, mostrando una hoja cubierta de geroglíficos.
—No comprendo nada.
—Nadie podría comprenderlo. Es un resumen que ha hecho para mí. Ahora redactaré la comunicación, las experiencias son concluyentes. ¡Lisa mía, conoceremos la gloria!
—Explícame, pues, ¿has encontrado seguramente el medio de curar la fiebre tifoidea?
—Sí.
—¡Oh, amor mío!
Se callaron en seguida, adivinando la tímida presencia de alguien en el fondo de la habitación. Recordaron que habían invitado a cenar a la prima Enriqueta. Una inquietud súbita heló su entusiasmo.
La pobre mujer, meses antes, había perdido a su pequeño Ives, muerto de tifus. Enriqueta había oído? Sí, había oído. Lo comprendieron en el tono extraño de su voz cuando los saludó.
—Hola, ¿estabas ahí, Enriqueta? —dijo la señora Guillepert.
—Sí, les pido perdón...
Fue muy bonita, pero después de la muerte de su hijo se abandonaba. Al quedar viuda siguió siendo coqueta. Ahora, llevaba un luto de pobre. Sus hermosos cabellos rubios, mal anudados, caían en mechones sueltos y tenía los gestos torpes, como friolentos, de aquellas madres que, no teniendo más su pequeño para estrechar, no saben ya qué hacer de sus brazos inútiles...
—¿Qué hermoso! Lo felicito, Edmundo, y tú, Lisa, puedes sentirte orgullosa, es hermoso.
La frase que Guillepert y su esposa temían saltó al fin:
—¡Oh, Dios mío! ¿Por qué no fué el año pasado?

POR
H. Duvernois
Ilustración de Guevara



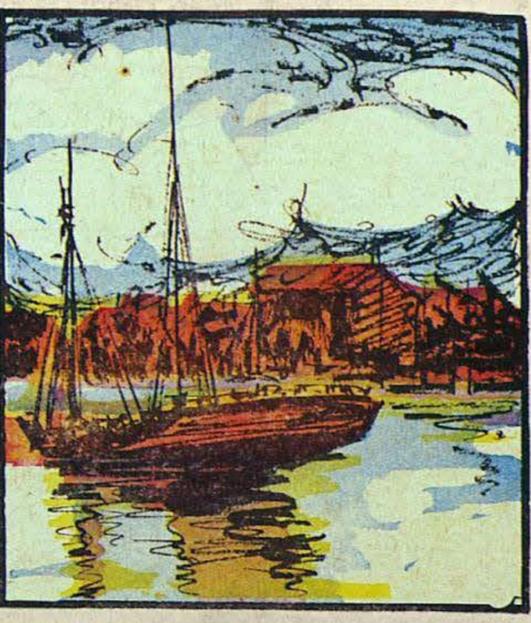
NEBLINA

DOS largas pitadas, seguidas de una corta, rompió el silencio de la Dársena aquella mañana de invierno. El sol, sin fuerzas para rasgar la niebla, despuntaba detrás de las estibas de carbón.
Tras un breve intervalo, otras dos pitadas más, dejó el mate; pedían amarradores. Con el sabor del último amargo, Ramón y yo nos dirigimos al "Tramp". Frente a los muelles de Wilson apenas se destacaba entre la masa de la bruma, la rojiza y la larga chimenea del "Cardiff Hall" con la insignia del Canal Sud. Un brusco cambio de viento extendió enormes masas de neblina que, de arrastre, venían por el Sur. Un grito agudo, como el lamento angustioso de un animal herido, resonó allá a los lejos; otro más bajo contestó a ése.
Un corto silencio, y luego otro.
—¿Qué sonido más raro!
—Es el del Carbonero que se cruza con el vapor de la carra—me respondió Quebracho dando dos o tres chupadas al cigarro, después de bamballear la cabeza—. No sé por qué me parece, que ya no lo veré más. De este año no pasamos; o él, o yo.
—¡Eh! Manuel, no haga malos augurios, es verdad que el Carbonero está bastante veterano.
—La chapa de los astilleros lo da construido el ochenta y siete; y el viaje no es de lo mejor. ¡En lastre y al Sur de África! Todavía aguanta.
—¡Sí, por ahí andamos! Yo soy del setenta y nueve, y ya casi no me acuerdo desde cuando empecé a trabajar; lo que puedo asegurarte, que de los veinte y cinco hasta ahora, me ta apalea el carbón; siempre apaleando carbón! ¿Y qué tengo? Lo puesto y una fosa gratis en el Cementerio.
Se puso de pie y caminando a la par nos dirigimos a la casilla de amarradores.
Al llegar al puente de Brasil, Quebracho se detuvo. No quiso aceptar la invitación que le hizo de unos amarradores. No tenía rumbo fijo, igual le daba tirarse a dormir bajo de un guinche, como ir a jugar un tute de arrastre en la fonda de la Gorda.
—¿Para lo que sirvo ya? ¡Bah! Salud amigo!... Y me dejó plantado.
Por unos instantes resonó en mis oídos la voz acatarrada por el tabaco y el polvo de tantos años.
Lo seguí con la mirada hasta la altura de los elevadores. Llegó a la pila de bolsas, acomodó varias de éstas en el suelo, y poniendo el saco de almohada, se tendió con la vista fija en el cielo, observando no sé qué misterio.

POE
José Remo Sufri

Ilustración de
Pascual Guida

Yo nada de esto. Al llegar al país era un ignorante en materia de osos y únicamente recordaba haber visto de joven un grupo de cinamomos y esa pequeña variedad negra, que no es de temer.
"Luego que nos posesionamos de nuestra concesión, subí a la montaña en busca de una rama de abedul para hacer un mango de hacha. No era tan fácil hallar lo que necesitaba, y fui andando, andando, cerca de dos horas. Esto me tenía sin cuidado, pues como estaba próximo a los Forks, iría a pedirle un trozo de madera al viejo Joe Gee. Al salir me había puesto en el bolsillo un par de bizcochos de levadura y un trozo de tocino, por si sentía hambre, y os aseguro que este almuerzo me fué de mucha utilidad, a pesar de que no llegué a comerme'o.
"Por el camino, en medio de un grupo de pinos, di con la rama de abedul más linda que pueda imaginarse. Precisamente cuando tuve el mango de mi hacha dirigí la mirada por la vertiente del monte. Balanciándose sobre las cuatro patas subía directamente hacia mí un enorme oso. Era un cara pelada, pero yo no sabía nada acerca de esta especie.
—"Ahora voy a darle un susto —me dije—, y me oculté entre los árboles.

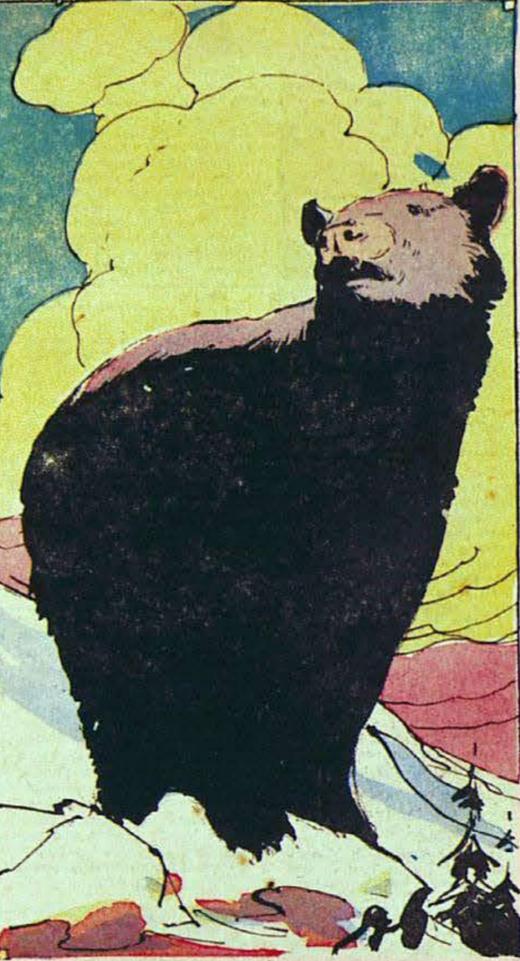


Caras Peladas

PUESTO que hablamos de osos... El rey del Klondike, se detuvo, meditando, y los que se hallaban agrupados a su alrededor, a la puerta del hotel, acercaron más las sillas.
—Puesto que hablamos de osos —prosiguió—, no debéis ignorar que en la región del Norte existen distintas variedades de estos animales. En el Little Pelly, por ejemplo, bajan en tal abundancia, durante el verano, para alimentarse de salmónes, que no encontrarías ningún indio, ni hombre blanco que se acerque allí, a menos de un día de viaje. Y en lo alto de las Rampart Mountains hay una especie muy curiosa, llamada el "oso pardo de las laderas". Este nombre lo debe a que, desde el Diluvio, andaba por las laderas, y las dos patas que corresponden a la parte baja de la pendiente son dos veces más largas que las de la parte superior. Cuando anda en esta dirección no puede alcanzar un conefo. ¿Peligroso? ¿Si ataca? Ni pensarlo. Todo lo que se debe hacer es rodear la montaña en sentido contrario. Así queda el señor oso con las patas largas hacia arriba y las cortas hacia abajo. Es un animal muy peculiar, pero no es de eso de lo que quería hablaros.



"En lo alto del Yukón hay otra variedad, con las patas simétricas. Se le llama el "oso pardo de cara pelada", y es tan grande como malo. Únicamente el insensato hombre blanco piensa en cazarlo. Los indios tienen demasiado buen sentido. Sólo una cosa hay que decir acerca del oso de cara pelada: que jamás se vuelve ante ningún mortal. Si le veis venir y estás en algo vuestro pellejo, apartaos de su camino. De no hacerlo, puede sobrevenirnos algún disgusto. Aunque en el sendero encontrase al propio Jehová, no le cedería una sola pulgada de terreno. ¡Es un miserable, un egoísta, os lo aseguro! Pero entonces no sabía



"Esperé hasta que solo estuvo a unos cien pies de distancia, y entonces salté súbitamente de mi escondrijo.
—"Ooh, ooh! —le grité, confiado que se volvería y echaría a correr.
—"Volverse? Lo que hizo fué levantar la cabeza para mirarme bien y siguió avanzando.
—"Ooh, ooh! —volví a gritar con más fuerza que antes.
"Pero el oso continuó aproximándose.
—"¡Maldito seas! —dije medio loco, para mi capote—. Yo te haré retroceder.
"Entonces empecé a agitar el sombrero y salté a su encuentro dando voces. El viento había derribado un pino azucarero que interceptaba el paso a la altura del pecho. Me detuve junto al árbol y vi que el oso avanzaba sin detenerse. En aquel momento, empecé a sentir miedo, y cuando se levantó para saltar por encima del tronco, aullé como un indio comanche, le tiré el sombrero a la cara y huí.
"¡Cáspita! Dí la vuelta por el extremo del tronco y bajé

la colina a todo correr, pero el viejo oso ganaba terreno a cada salto. En el fondo había una vasta extensión descubierta, llena de nubecillas de un cuarto de milla de extensión, que me separaba del arbolado. Comprendí que si resbalaba estaba perdido, y por eso procuraba ir sólo por los sitios más altos, hasta que la niebla ocultó mis huellas. El enloquecido animal me seguía dando resoplidos. A medio camino me alcanzó, llegando a tocarme el talón del mocasin con la pata. Podéis creer que en aquellos momentos pensé muchas cosas. Sabía que lo tenía encima y nunca podría llegar a la espesura, así que saqué mi pequeño almuerzo del bolsillo y lo tiré rápidamente.
"No me volví para mirar hasta que llegué a la arboleda, y entonces vi que estaba devorando los bizcochos de una manera que me pareció verdaderamente admirable, considerando lo cerca que lo había tenido. Procuré no entretenerme por el camino. No, señor. Apresuré el paso cuanto pude, pero al doblar un recodo con rapidez, vi en mitad del sendero, y viniendo hacia mí, nada menos que otro cara pelada.
—"Whoof! —dijo cuando me encontré.
"Volvíme instantáneamente por el mismo sitio por donde acababa de llegar, pero mucho más velozmente. La forma con que este oso se precipitaba en mi seguimiento me hizo olvidar del primero. Sin embargo, no tardé en descubrirlo de nuevo. Husmeaba con satisfacción, preguntándose probablemente qué habría sido de mí y si sería yo tan sabroso como mi almuerzo. Ya lo creo. Al verme, pareció realmente encantado y avanzó dando brinco.
—"Whoof! —dijo.
—"Whoof! —dijo el que venía detrás.
"Apartéme del camino y me interné en la espesura, abriéndome paso con pies y manos como un loco. Entonces perdí la cabeza por completo al pensar que todo el país debía estar lleno de osos. Sólo recuerdo haber tropezado contra unas matas y haber recibido después una manotada al mismo tiempo que se me echaba encima una cosa. ¡Otro cara pelada! Pero afortunadamente estaba libre de todo peligro, aunque había creído morir, después de tantos saltos, rugidos y desolladuras.
—"Dios mío! —exclamé, y vi que me hallaba ante un hombre que a su vez tampoco volvía de su asombro.
—"Creí que era usted un oso —le dije.
—"Tardé un poco en recordar el aliento, y luego repuso: —"También yo lo he creído.
—"Parecía como si le hubiese perseguido asimismo algún oso y hubiese tropezado contra unas matas. Ambos nos habíamos equivocado.
"Pero entonces oímos un ruido terrible en el camino y no nos detuvimos para darnos más explicaciones. Por la tarde vimos a Joe Gee, y nos armamos de rifles, volviendo a aquel lugar, dispuestos a hacer frente a los osos de cara pelada. Quizás no lo creeréis, pero cuando llegamos a aquel sitio hallamos muertos a los dos animales. Y es que al huir yo, se habían encontrado, y no queriendo ceder el paso ninguno de los dos, habían luchado hasta morir.
"Puesto que hablamos de osos..."

Ilustración de
Jack London
Ilustración de Premiani



—¡Cha digo, qué lindo!... Vení, "Germaine".
Y sin saber dar un paso de baile danzaba con ella entre las risotadas de todos, que se divertían con su inconsciencia de borracho.
Después, volvía contento a su mesa o palmoteaba los hombros de los parroquianos con esa paternidad que confiere el sentirse feliz. Si llegaba hasta la mesa desocupada, en la que "Shaybú" grababa sus pensamientos, Fernández se tomaba el vientre con las manos y sufría un ataque de risa.
—¡Pero vean qué imbecilidad!... ¡Pensar esas pavalas en un cafetín que Fernández alegra con su risa!... ¡Y Juan Fernández soy yo!...

Y todos reían a carcajadas.
—¡Ese Fernández es original! Tiene ocurrencias geniales!
A veces, "Nelly", que se había lanzado a la calle un sábado de gloria, lo reprendía, imponiéndole el ejemplo de la sobriedad de "Shaybú".
—¡Qué me importa de "Shaybú"! Yo soy Juan Fernández! ¡A beber! a beber! a beber!...
"Nelly" se iba, vencida.
Alguien, entonces, le decía, sonriendo:
—¡Es un pobre diablo!... Y ella se enojaba.
—¡No, señor! ¡No lo es! ¡Qué sabe usted, verdulero!... Y Juan Fernández era feliz.

Concurrente poco asiduo, aquel hombre, entrado en años, de mirada altiva, gesto soberbio y sobre las vestiduras ajadas un intento fracasado de elegancia, entró al "bar" el último jueves de abril. Daban las 22 horas. Veintidós ojos lo acribillaron. El, heroico, indiferente.

Tiempo hacía que no le veían por allí. Otras veces había ido con los mismos gestos y la mirada insolente, jurando no volver. Y había vuelto.

El era el corazón de un anciano con ánimos de juventud no vencida y con ímpetus de huracán. Era resurrección. Era ejemplo. Y los otros, entre tabas e hipos de embriagueces eternas, viéndolo, se sentían gusanos. Y le tenían temor. Un temor de estremecimientos de aínas. Porque cualquiera podía matarlo con un golpe de puño.

Pasó, entre dos filas de mesas, como un militar ciego. Se detuvo en el mostrador sin pedir una copa. Le sobraba una para ser "Shaybú". Le faltaba otra para ser Juan Fernández. Se miró a sí mismo y se tuvo asco. Vela, en su alma, gusanos. ¡Gusanos, gusanos, nada más! En la última copa había gastado el último centavo. Mañana no tendría para comer.
"Tres años sin trabajo! Así había tirado las economías de treinta, aquellas con las que había pensado hacer el refugio de su vejez. Le habían dado una vida y un nombre. ¿Qué había hecho de su vida y de su nombre? El tenía orgullo de descender de un padre famoso. ¿Quién iba a vanagloriarse de él? ¿Quién? Y se mordía los labios, llorando. ¡Pero él tenía la culpa? ¡No! ¡El, no! ¡Lo había perdido todo y aun tenía voluntad para intentar la victoria! Y no podía verse así, sin contemplarse con repugnancia. No había resignación para su fracaso.

"Nelly", que merecía su confianza, fue hasta él para darle calma. Pero era tarde. El quería justificar, ante todos, el fracaso rotundo de sus sueños. No era suficiente que el conociera la causa o las creyera dimandadas de un destino inapelable. Se había impuesto, ante el mundo, el deber de triunfar. No quería que, sobre sus despojos, un día dijeran: "Fue un pobre diablo. Se durmió, resignado, sobre sus propios escombros".

Había pedido, de rodillas, trabajo. ¡Y nada! Era un predestinado. Era la suprema disculpa. Y ahora, ¿qué restaba por hacer? ¡Matarse! Porque él no podía soportar la ignominia de ser un despojo de sí mismo. ¡Matarse!
—¡No; júrame que no lo harás! — le dijo "Nelly".

Había que justificar la decisión última. Justificarla ante sí y ante el mundo.
La mirada insolente, los ojos por encima de todas las testas, salió de aquel cafetín donde "Shaybú" se había resignado a su fracaso y donde Juan Fernández había hecho de él una triste victoria. Conocía a ambos y tuvo asco y vergüenza de ellos.

La calle más céntrica de la ciudad se congestionó de transeúntes, y todos los nectámbulos se dieron cita para ver a aquel raro personaje que se había parado en una esquina, altivo, soberbio, la frente erguida, colgado al cuello un extraño cartel:

—¡Si no me socorréis dignamente, hoy se mata un hombre".
Y, claro; se mató.
Le sobraba una copa para ser "Shaybú". Le faltaba otra para ser Juan Fernández.

Ilustraciones de Pascual Güida

El café, asentado en una joroba de la calle más lúgubre del suburbio, ostentaba la torpeza de un nombre que acentuaba el recuerdo de los famulos y poteros próximos: "El Perfume". A pesar de ello, se llenaba de hombres que iban allí a distraer su orfandad en las caricias maternales de "Nelly", en los lánguidos mimos de "Germaine". Las animadas reuniones de los sábados y domingos nunca dejaron de tener el concurso de Juan Fernández. Su mesa habitual estaba ubicada frente a la que, en los restantes días de la semana, ocupaba "Shaybú". Pero nunca se encontraron. Cuando "Shaybú" iba, Fernández faltaba. Y no se conocieron nunca. Jamás supo uno de la existencia del otro. Ni les interesaba.

Juan Fernández, ebrio durante las veinticuatro horas, gastaba hasta la última moneda del bolsillo en bebidas.

—¡Oiga, usted Vargas; tome otra copa, que yo invito! ¡Tome nomás!... ¡Y vos también, "Germaine", tomá, que yo pago!...
Y ella agradecía.

— Yo soy Juan Fernández, che "Germaine" — decía hipando —, y aunque te parezca mentira, tuve mujer, autoridad, dinero...
Y tambaleándose entre las mesas, sin ser escuchado por los parroquianos, que se sabían de memoria su cantinela, tenía un asomo de tristeza. Pero tomaba otra copa y volvía a reír.

Era un personaje típico en el bar. Era sabido que casi todas las noches se le iba a encontrar en la mesita del rincón, bajo el palco de la victrola, generosa en la exhibición de sus naturales encantos. Y allí, serio, escondiéndose en una maraña de humo, superior a todos los transeúntes accidentados de la vida que buscaban solaz en el whisky, se iba a ellos, previendo en cada uno de ellos, salvable. Por eso, nunca dió un consejo.

"Shaybú", "La Blanca", aquella bailarina por la que se mató "El Feroz", me gusta. ¿Se puede ser feliz con una mujer que estuvo en contacto con semejantes cosas?

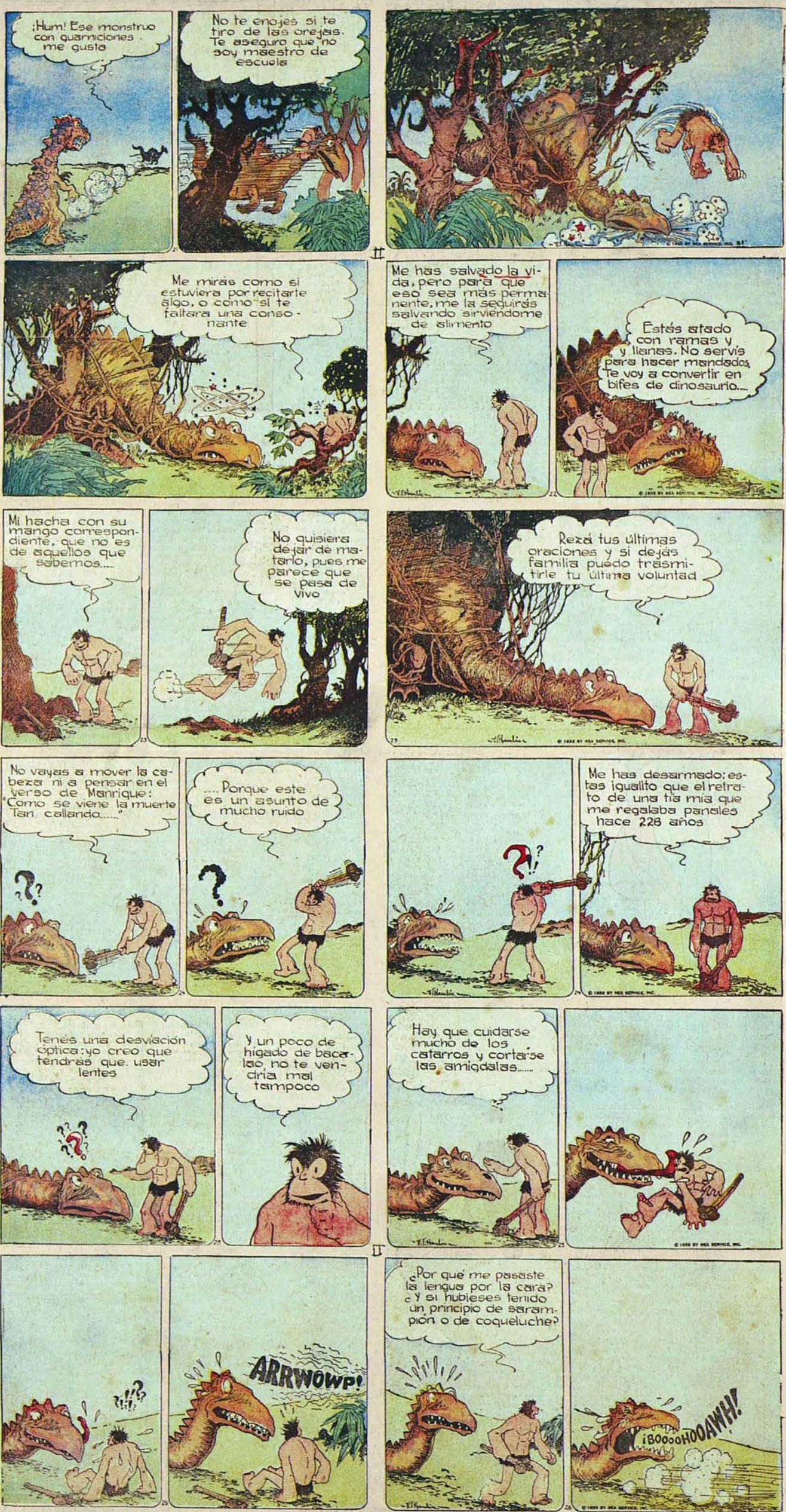
—Ve, "Rubio"; no puedo aconsejarte...
Y, aunque lo respetaban, se iban de su lado.

—¡Es un loco!
Y tenían la osadía de creer que lo estimaban.
—¡Pobre "Shaybú"; no es malo!...

Si alguna mujer del café se le acercaba para hacerle un mimo sin calor, con la generosa intención de ahuyentarle gratuitamente las sombras del semblante, "Shaybú" la rechazaba.

—¡Si yo fuera mujer lo haría mejor!
Y prefería estar solo, con su máscara de amargura, de huérfano resignado, orgulloso de su mirada, casi hostil...

por Luis M. Albamonte



¡Hum! Ese monstruo con quarrniciones me gusta

No te enojés si te tiro de las orejas. Te aseguro que no soy maestro de escuela



Me mirás como si estuviera por recitarle algo, o como si te faltara una consonante

Me has salvado la vida, pero para que eso sea más permanente, me la seguirás salvando sirviendome de alimento

Estés estado con ramas y lianas. No servís para hacer mandados. Te voy a convertir en bifés de dinosaurio...

Mi hacha con su mango correspondiente, que no es de aquellos que sabemos...

No quisiera dejar de matarlo, pues me parece que se pasa de vivo

Reza tus últimas oraciones y si dejás familia puedo transmitirle tu última voluntad

No vayas a mover la cabeza ni a pensar en el verso de Manrique: Como se viene la muerte tan callando...

... Porque este es un asunto de mucho ruido

Me has desarmado: estas igualito que el retrato de una tía mía que me regalaba pañales hace 226 años

Me has desarmado: estas igualito que el retrato de una tía mía que me regalaba pañales hace 226 años

Tenés una desviación óptica: yo creo que tendrías que usar lentes

Y un poco de hígado de bacalao no te vendría mal tampoco

Hay que cuidarse mucho de los catarros y cortarse las amígdalas...

Hay que cuidarse mucho de los catarros y cortarse las amígdalas...

ARRWOWP!

ARRWOWP!

Por qué me pasaste la lengua por la cara? ¿Y si hubieses tenido un principio de sarampión o de coqueluche?

¡BOOOOHOOWH!